



POLIFACIES GAUCHESCA

NO SE podrá tener una visión clara y completa de la estructura socio-económica de nuestra población rural, sin estudiar uno de los personajes más vapuleados de nuestra historia patria y que ya tiene su dimensión nacional de verdadero símbolo: el gaucho argentino.

La deformación de su imagen corre paralela a los intentos de impedir que ésta joven y pujante nación, emergiendo del capullo de una lucha borrascosa por su independencia, ocupara el sitio que le corresponda en los tiempos modernos.

Su calidoscópica indumentaria es un reflejo fiel de la época, las regiones, su tarea específica y la misma salud del país en su laborioso proceso de transformación. Es nuestro Quijote criollo, con su idealismo, su lealtad y valentía, pero también

por
**Edgar Emilio
Arancibia**

con su buena dosis de hombre poco cuerdo. No se trata de reivindicar su atuendo peculiar, su poncho, guitarra, bombachas, espuelas... ni siquiera sus mismas destrezas y habilidades, sino de salvar sus virtudes, porque ellas están vinculadas íntimamente al patrimonio de nuestras más caras tradiciones criollas.

Se da un gauchismo "heroico". Otro "poético". Un tercer que llamaríamos "sentimental". Y el estrictamente "histórico". Son visiones distintas de una misma realidad, pero también partes integrales de una sola verdad en el plano socio-cultural de nuestra población rural. De estas fuentes, bien definidas, debe surgir y alimentarse la corriente del más puro folklore argentino, en todas sus manifestaciones, para no incurrir en extremis-

mos perniciosos y cursilerías ridículas. Y en estas mismas aguas también deben abrevarse los que pretenden realizar un estudio o trabajo serio en el desarrollo de comunidades rurales, sobre todo tratándose de las más castigadas por la miseria y la postergación más irritante.

Nuestro gaucho es como el termómetro para medir esa monstruosa asimetría social que toca las puertas de nuestra conciencia criolla. Bastaría rastrear los rincones de algunas provincias y observar de cerca la calidad vergonzosa de algunos ranchos y taperas, ya próximas a la ruina total de sus paredes y moradores. Y como realidad opuesta a este cuadro desolador, tenemos el gaucho rosado y obeso, con su rastra llena de oro y plata, trabajosamente cabalgado en el voluminoso apero de su redomón, muy opuesto a la suerte y porvenir del anterior. Una vez más se cumple el conocido axioma: la calidad de la tierra se refleja en el rostro de sus moradores. Y también la calidad de sus gobiernos, cabría agregar.

18. Acusación y condena

No deberíamos olvidar que, el gaucho argentino, antes de llegar a su pedestal de gloria contemporánea, pasó por los estadios de la más ruda metamorfosis. Existe una densa literatura, animada por el fuego de una feroz polémica en la que sus detractores más enconados, ensayando todos los tiros de la irrición y la calumnia, han tratado de aniquilar su figura legendaria y simbólica. Y no es difícil adivinar que los ataques más violentos de esa conjuración partieron de los círculos ilustrados de la capital, como el flujo y reflujo incesante de ideologías e intereses encontrados, en un país de barreras abiertas a las corrientes culturales y colonizadoras de ultramar.

Espigando tan sólo algunas de las expresiones que se leen en una de las obras de LUIS C. PINTO, tenemos lo siguiente: "...el gaucho no trabajó en su vida ni para comer". "Una de las razones por las que el vocablo atorrante debe figurar en el diccionario de la lengua es, precisamente, la de que, si no existiese tal término, no habría modo de calificar oficialmente al gaucho...". "Fue haragán por definida y jamás controvertida vocación, mugriento por deleite personal y feroz por naturaleza". "Su coraje ciego nace del miedo de parecer cobarde". "Digámoslo de una vez entre nosotros, por lo menos, que el gaucho no nos ha servido nunca para nada".

Ignorancia. Prejuicios ideológicos, políticos y culturales. Complejos de casta, alergia epidérmica... todo esto se puede adivinar en el vértigo de esas plumas encrespadas. Bien sabemos que no todos los cargos de los acusados se han de despreciar, pues en ellos siempre se encierra

una parte de la verdad. Se trata tan sólo de poner las cosas en su lugar, no dando pie, ni a una falsa euforia mitológica acerca de dicho personaje, ni a un pesimismo enervante, porque ambas posiciones son destructivas y no conducen a lo justo.

19. Perfiles característicos

Para ubicar la figura del gaucho dentro del panorama étnico-geográfico, no debemos olvidar que nuestra población es de origen europeo en casi el 90 %, mestizos el 10 % y negros y mulatos sólo el 0,4 % del total. Y como dato complementario, en 1960, de 20 millones de hs. que tenía el país, 12,8 % eran extranjeros. Guarismos que son muy elocuentes al comparar la situación de Argentina con el resto de los países latinoamericanos, en los que la inmigración extranjera ha sido muy exigua y el porcentaje de indios y mestizos muy elevado.

Y si tratamos de reconstruir el cuadro de las clases sociales durante la colonia, lo más granado de la población se encontraba nucleado en la aristocracia española o "gente decente" de la época. Le seguía la clase plebeya y artesanal entre los que también se contaban los orilleros, como los primeros esbozos de la actual clase media. Y finalmente, los serviles y esclavos que llevaban sobre sus hombros el peso de las faenas más duras y humillantes.

Y frente a esta definida estratificación, encontramos que los indios y gauchos, eran una clase aparte. Aunque siempre se ha remarcado con énfasis la diferencia del gaucho comparado con el indio, el español y el gringo.

Ahora bien. Conviene recalcar la visión que tendrían los españoles conservadores de la época, con todos sus pujos de aristocracia, acerca del gaucho, al fin y al cabo, un simple "brote híbrido" ("hibris", del griego, significa: ultraje) de estas pampas, racialmente considerado. Por eso, para ellos, era sinónimo de ocioso, ignorante, vagabundo, cuatrero, desertor, guaso, ladrón, rebelde, con su templo en la taberna o pulpería. Aunque también convendría no olvidar que, cuando los distinguidos peninsulares, usaron a las indias, no para constituir una familia normal y cristiana, sino para el desahogo de sus pasiones naturales, se hicieron reos de una paternidad cobarde e irresponsable, sin ninguna culpa de parte de los que nacieron de tales uniones. Mas no por eso, el gaucho dejó de capitalizar en su fuste biológico el complejo más singular de genes hereditarios, proveniente de ambos troncos raciales, convirtiéndose así en el habitante típico de estas tierras americanas.

20. Potencial humano

Desde el punto de vista social, conviene hacer una precisión muy importante, para

entender mejor los verdaderos orígenes del gaucho. Pues antes que este hiciese su aparición en el escenario político del país, existió un hombre en la zona rural, hijo legítimo de estas tierras, que se lo denominaba comúnmente paisano o criollo. Los trabajos agrícolas, huerta y algunos sembrados, estaban a cargo de los indios mansos y los negros. Pero todo lo relacionado con la explotación ganadera, era incumbencia exclusiva de los criollos o paisanos. Rústico, aguerrido, audaz, vaquiano, hábil rastreador en el inmenso escenario de la pampa húmeda, siempre montado en su brioso caballo criollo y en constante lucha con el ganado bravío, se sentía el señor de aquellas llanuras inconmensurables. Afecto el mate y gran devorador de carne. Su tipo más genuino era de porte esbelto, ágil y nervioso. Se hermanaban en él la nobleza del español y la fiereza del indio de estas latitudes. Improvisado cantor. Su lenguaje pintoresco y exótico, como un reflejo del ambiente grabado en su imaginación y sensibilidad, era lo suficientemente confuso como para que no le entendiesen los desprevenidos hispanos. Adversión a la injusticia y un gran espíritu de independencia que hizo exclamar a cierto inglés: "Desgraciadamente prefirieron su independencia a nuestros algodones y muselinas..." Este material humano es el que proporcionó la materia prima para dibujar con precisión los genuinos contornos del llamado gaucho argentino, con mayores o menores diferencias en cuanto a su indumentaria característica, fruto de sus recursos, habilidades y menesteres.

Otra de sus características es que, la casi totalidad de los gauchos, nunca tuvo nada, exceptuando su caballo y la libertad de cambiar de amo a su antojo. Y cuando tuvo algo, fue fácilmente presa del despojo y la arbitrariedad.

La posesión de la tierra en los albores del caudillismo, iba aparejada a la capacidad de comercializar con el extranjero e incrementar la cría de ganado vacuno, a medida que la cimarronada se iba extinguiendo. Y para esto se necesitaba un capital apropiado y cierto grado de cultura para relacionarse y dar estabilidad al negocio. La disminución del gaucho, pues va aparejada al empuje de una raza más fuerte, la europea, que lo fue arrinconando en los sitios más pobres, cuando no pudo asimilarse en forma incondicional a su servicio en las estancias rurales.

21. Personaje legendario

Para entender bien cómo el ganado hace su ruidosa aparición en el escenario político de la época y salta a la fama, conviene recordar, que insatisfecho, muchas veces un paria, con la nostalgia de un hogar que no tuvo o se disolvió prematuramente; otras, sediento de venganza y aventuras, casi siempre estuvo uncido a la voluntad

de algún patrón o caudillo quien lo instrumentó para escalar posiciones. Peleó directamente contra los indios pampas, los soldados españoles, convirtiéndose en pivote fundamental de los ejércitos de la patria y del caudillismo naciente.

En una parte del ejército, 1914, la "Gaceta Ministerial" reemplaza la palabra "gauchos" por "patriotas argentinos", ya sea porque empieza a dar comezón en ciertas mentes el nuevo término o porque se lo considera sinónimo de la segunda expresión (Hist. de San Martín de Mitre).

Su astucia criolla y su táctica de hostilizar al enemigo, muy lejos de los esquemas clásicos de la estrategia militar europea, hace decir a un jefe español, el Gral. Pezuela: "...el remedio sería oponer gauchos por gauchos". Así es cómo cobran relevancia los famosos gauchos de Güemes en la Pcia. de Salta, manteniendo en jaque al ejército realista y convirtiéndose en guardianes del norte argentino.

Sarmiento, colocado en una postura un tanto vidriosa frente a los acontecimientos nacionales, escribe su FACUNDO "con propósitos de acción inmediata y militante", según se lo manifiesta a Valetín Alsina con motivo de una reedición de su obra en 1851, identificando al gaucho con el torbellino del atraso y la barbarie. Y al enviar un ejemplar del mismo al Gral. Paz, confiesa ingenuamente sus intenciones verdaderas, después del frondoso ataque personal a Quiroga: "Obra improvisada, llena de inexactitudes, a designios a veces... para ayudar a destruir un gobierno absurdo y preparar el camino de otro nuevo".

Mucho se podría hablar sobre el "gauchismo heroico", ya que dicho tema mantiene enzarzados a nuestros historiadores en el fragor de la más ardua polémica. Se podrán esclarecer hechos, deslindar responsabilidades, señalar influencias, pero el personaje, como tal, ya es un protagonista inmovible dentro de los gastos de la historia patria.

Y mucho más, cuando su fisonomía moral, sus destrezas y virtudes han sido consagradas por los poetas en las recias figuras de Martín Fierro y Don Segundo Sombra, con su consiguiente resonancia en las diversas manifestaciones del folklore nacional.

Y desde el punto de vista socio-cultural, también nos alegramos de esta merecida promoción del hombre genuino de estas tierras argentinas, porque, con el pretexto de atacarlo a él, se repitió mucho que los criollos no servíamos para nada... Pero a estas alturas, ya estamos en condiciones de manifestar que no sólo de a caballo y en los rodeos de vacunos y caballos se puede lucir el hombre argentino, sino también en las fábricas, talleres, laboratorios, universidades y en los recintos más selectos de la cultura internacional. ♦